

LA MADRE DE FAMILIA

REVISTA MORAL É INSTRUCTIVA

BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ

SE PUBLICA LOS DIAS 1.º, 8, 15 Y 23 DE CADA MES.

3.^a EPOCA.
1883.-Año VII

REDACCION Y ADMINISTRACION
Barro del Campillo, núm. 15, Granada.

Núm. 4.º
Dia 23 de Abril.

SUMARIO.

Suema por R. P. **Una gota de agua y una lágrima**, poesia por M. G. — **Un Mar sin Puerto**, novela original por Enriqueta Lozano de Vilchez. — **El tránsito de un angel**, poesia por Emilio Serrano Garcia. — **El hijo prodigo**, novela original por Enriqueta Lozano de Vilchez. — **Variedades**, por E. — **Seccion Doctrinal**, por Enriqueta Lozano de Vilchez.

SUEMA

Ó LOS INFORTUNIOS DE UNA MUJER ESCLAVA.

La repugnante lepra de la esclavitud, que ataca al hombre en lo físico y en lo moral, que le degrada y le envilece á un mismo tiempo, que lo entrega á los mas crueles sufrimientos, se obstentaban con todos sus horrores hasta hace pocos años en las costas de Zanguebar. El P. Horner, superior de aquella Mision, consuelo del mundo católico por su celo de apóstol y lumbrera del mundo científico por los descubrimientos con que ha ilustrado la ciencia geográfica, ayudó poderosamente al embajador inglés, sir Bartle Frere, á conseguir del Sultan de aquel país la abolición del tráfico de negros. En las cartas de

este misionero, llenas de noticias interesantes y curiosas sobre las tribus que pueblan aquellas regiones, están consignados muchos rasgos cuya lectura causa horror y despierta al propio tiempo sentimientos de ternura; pero hay uno que parece pasar los límites de la verosimilitud. Para darle crédito se necesita tener presentes los testimonios irrecusables que nos garantizan su autenticidad. Es la historia de la esclava Suema, referida por ella misma á las Hermanas del huerfanato del P. Horner.

Suema pertenecía á una tribu situada al Este del Niassa, unos de los lagos del interior del Africa. En su niñez vivia feliz con sus padres y hermanos, cuando un dia, en una carceria, vió caer á su padre en las garras de un leon que le arrastró á la selva. La madre de Suema quedó viuda, y huyó de allí consus hijos y con la miseria, que desde entonces no cesó de perseguirla. Los hermanos de Suema murieron, y ella quedó á su madre como único consuelo, viviendo juntas en una choza miserable.

Un día llegaron unos negros con objeto de dar una batida en el país, y hallándola sin defensa, se apoderaron de la niña y se disponían á llevarse también á la madre: pero ésta, suplicando y ofreciéndose para llevar carga en la caravana, consiguió que no la separasen de su hija.

Nada mas cruel é inhumano que una caravana de esclavos. Se les ata una larga cadena que llevan al cuello, y así se les hace marchar durante días enteros al través del desierto, sin trégua ni descanso, cargados con fardos pesadísimos; y si llegan á acortar el paso, rendidos por la fatiga y las privaciones, sus feroces guardianes les hacen apresurar la marcha á latigazos.

Los que rendidos por la debilidad caen en tierra, son abandonados para que sirvan de pasto á las fieras. Se ha visto muchos jefes de esas caravanas cortar los piés á algunos de aquellos desgraciados para aterrar á los otros, y quitarles por este medio toda idea de fuga, toda esperanza de libertad. Las víctimas de tantas crueldades perecen en número considerable antes de llegar á la costa. Los sobrevivientes llegan en estado lastimoso.

La madre de Suema habia contado con fuerzas superiores á aquel trabajo; pero pronto fué incapáz de llevar por mas tiempo la pesada carga conque habian abrumado su espalda.

Siendo yá inútil para la caravana, la privaron de su ración de alimento. Suema quiso desde luego partir la suya con su madre; pero, al ser descubierta por los guardianes, fué azotada hasta sacarle sangre en castigo de semejante delito. Los días siguientes tuvo la pobre niña el dolor de ver á su madre consumirse de inanición.

Los esfuerzos de la desgraciada para no quedarse atrás eran cada vez más penosos, y no hacían otra cosa que retardar el momento fatal en que, agotadas por completo sus fuerzas, no pudiese seguir. Cayó en efecto sobre la arena, y la caravana continuó su camino, arrastrando consigo á Suema, la que viendo que cada paso la alejaba mas de su madre

abandonada en la soledad del desierto, no pudo reprimirse, emprendió la fuga en medio del silencio de la noche y volvió en busca de su madre.

Encontróla en el mismo sitio en donde la habian dejado: las aves de rapiña revoloteaban en torno de ella, esperando que exhalase el último aliento para devorarla. La presencia de la hija reanimó á la madre moribunda, abrió los brazos, y estrechando á Suema contra su corazón, la arrulló con dulzura, murmurando á su oído amorosas expresiones. Agobiada Suema bajo el peso de tan tristes sentimientos acabó por dormirse; mas de súbito se sintió sacudirse bruscamente. Su madre la estrechaba contra su seno con tanta fuerza cuanta empleaban unos hombres crueles para arrancarla de sus brazos. Eran los mismos de la caravana, que venían en persecución de la fugitiva. «Dadle á la vieja para que suelte la presa,» dijo el jefe de la partida; y una lluvia de golpes cayó sobre la madre de Suema, que prorrumpía en gritos lastimeros. La madre abre los brazos, y los verdugos se apoderan de su víctima, á la que arrastran casi exánime.

Quebrantada de cuerpo y de espíritu, la infortunada vivía apenas cuando llegó á Zanzibar, capital de Zanguebar, donde se hacía el mercado de esclavos, muy cerca de la Misión. Los desgraciados á quienes cupo la misma suerte que á Suema fueron conducidos con ella y abandonados en el lugar como un rebaño ó como una mercancía cuyo precio está en relación con su probable producto. Allí están los esclavos mezclados y confundidos, los más de ellos descarnados y extenuados por la fatiga y por las privaciones de todo género que sufrieron en una larga y forzada marcha. Muchos no tenían ya aliento para sostenerse en pié, y permanecían sentados, taciturnos y con la mirada fija; parecían embrutecidos y como insensibles ya á fuerza de sufrir. Cuando un comprador se acercaba para examinarlos, los hacía voltear por todos lados y en todos sentidos, correr, saltar y mostrar los dientes, para asegurarse de su buen estado, ni mas ni

menos que como si se tratase de la venta de animales.

El conductor de los esclavos, al hacer la inspección de su mercancía, vió á Suema tendida en tierra en la plaza del mercado. Desde entonces no pensó sino en desembarazarse de ese artículo averiado.

—No hay que hacer mas que enterrarla, dijo: exhalará su último aliento antes de llegar al cementerio...

Envolvieron á la niña en una estera, que cosieron como un saco, luego la arrojaron á un foso donde la dejaron abandonada.

Habia perdido el conocimiento, y cuando volvió en si fué para comprender su desgracia y su abandono.

Los gritos que dió forcejeando para respirar, atrajeron una partida de chacales, que se preparaban á devorarla cuando un joven cazador, llevado allí por la providencia, los hizo huir y transportó á Suema al hospital de las Hermanas. Los afectuosos cuidados que en él recibió le devolvieron la vida. Oculta en el huerfanato é instruida en las verdades de la Religión, la joven manifestó pronto su deseo de recibir el Bautismo y de hacer su primera Comunión.

Mas en aquella alma sincera se habia levantando un obstáculo, al parecer invencible; no podia perdonar á los que hicieron sufrir tan horribles torturas á su madre. Un dia, sin embargo, la Hermana que dirige la casa de huérfanos se acercó á Suema para decirle que le ayudase á cuidar á un moribundo que habian traído al hospital. La joven se acercó al lecho y dió un grito: habia reconocido á uno de sus perseguidores. En ese momento supremo, un último esfuerzo de la gracia divina triunfó de la resistencia que oponia la naturaleza humana.

Suema, al prodigar sus cuidados al moribundo, sintió extinguirse su resentimiento. Este acto heroico de una alma escogida la hizo digna, no solo de la gracia del Bautismo, sino de la vocación religiosa.

Suema es hoy del número de las Hermanas del convento de Zanzibar.

X.

UNA GOTA DE AGUA

Y UNA LÁGRIMA.

Pasó una nube, y en girones rota
el viento la llevó,

y al rasgarse en los aires, una gota
en mi copa vertió.

Renacieron los cálidos fulgores
de la lumbré solar,

y la gota en levisimos vapores
se comenzó á elevar.

En vano con los ojos perseguía
su fugaz ascension:

incolora, flotando se perdía
en la azul extension.

Cuando en alas de céfiro al acaso
perdida la creí,

caída de mis ojos en el vaso
una lágrima vi.

—En el espacio del postrero día,
dije, pensando ya,

De otra vida al calor, el alma mía
¿á dónde subirá?

¿Qué amantes ojos con febril anhelo
me seguirán así?

Al perderme en los ámbitos del cielo
¿No llorarán por mí.

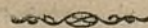
De los bordes el círculo redondo
con la mano cerré,

la alcé luego, miré, y allá en el fondo
ni una gota encontré,

—La lágrima mas tierna se consume,
dije ya sin dolor.

cuando el alma, cual místico perfume,
se eleva hasta el Señor!...

M. G.



UN MAR SIN PUERTO,

NOVELA ORIGINAL

DE ENRIQUETA LOZANO DE YILCHEZ.

CONTINUACION.

Supo también que el anciano conde de Maravel empeoraba de día en día, y que su razón perdida por completo, apenas tenía un solo intervalo de claridad.

Todas estas noticias causaban una profunda pena en el alma del ministro de Dios, pero ni por un instante una sospecha, una duda siquiera. Su alma era demasiado elevada, demasiado pura, para que se reflejase en ella una sombra de culpa.

Cuando llegaron al palacio de Maravel, era tarde ya, apesar de la prisa con que habían caminado.

Las puertas estaban abiertas y pudieron pasar adelante, sin que los numerosos criados que llenaban los corredores y las antecámaras, le dirigiesen pregunta alguna.

Solo algunos contenidos murmullos ó alguna palabra entrecortada, se escuchaban de vez en cuando, inspiradas por la presencia del sacerdote.

Ay! era que todos amaban á Elena, y la visita de un sacerdote en aquella casa, y á aquella hora, era un presagio funesto, anuncio quizá de una terrible desgracia.

Atravesando en silencio galerías y salones solitarios y alumbrados á medias, el padre Carlos precedido siempre de Gaspar, llegó á la estancia donde este había dejado al señor de Meran, y donde le halló aun, sentado ante una mesa y con la frente oculta entre las manos.

Cuando el criado levantó el ancho partier de terciopelo, Fausto alzó la cabeza, y poniéndose de pie saludó en silencio al sacerdote.

—Perdone V. que le haya molestado haciéndole venir á esta casa, padre mio, dijo, pero....

—Mi deber es acudir al llamamiento de aquellos que me necesitan, y yo estoy siempre dispuesto á cumplir con mi deber.

—Gaspar, dijo Fausto, contestando con un saludo á aquellas palabras, Gaspar, el señor conde reclama quizá sus servicios: vaya V. á su cámara.

El criado nada contestó, pero salió lentamente de la estancia.

Cuando Fausto y el padre Carlos quedaron solos, el primero dijo mostrándole la puerta del dormitorio de Elena.

—Allí hay una mujer que se halla enferma y que ha reclamado sus auxilios; no sé si las palabras que salgan de sus labios estarán dictadas por la razón, ó serán hijas del delirio.

—Como!

—Sí: hace algunos días que su inteligencia vacila, se oscurece; tal dolencia no es extraña en esta familia: el señor conde es presa también de una terrible demencia de algunos meses á esta parte.

El padre Carlos iba á responder, pero se detuvo, y solo se inclinó en señal de asentimiento.

—Yo creo, añadió Fausto, yo creo por lo tanto que si en la confesión de esa mujer...

—Caballero, respondió el sacerdote con voz grave y solemne; la confesión de un moribundo es un secreto tan sagrado, que ni aun nos es dado pensar en él despues; escuchamos y bendecimos, pero olvidamos al par.

El señor de Meran dominado por aquél acento, enmudeció por breves momentos, y despues dando algunos pasos por la habitación, indicó la entrada de la alcoba al sacerdote, que desapareció por ella lentamente.

—Oh! dijo Fausto, viéndole marchar, y encaminándose á una pequeña puerta situada en un ángulo de la pared; veremos si el secreto de la confesión es tan impenetrable que no pueda sorprenderlo yó.

VI.

El dormitorio de Elena era una pieza ancha y espaciosa, decorada con un gusto y un lujo estremado.

En uno de sus testers se dejaba ver un magnífico crucifijo de un gran mérito, de una perfección estremada. Aquella santa figura con los brazos extendidos y la mirada triste y amante, parecia decir á cuantos fijaban la vista en ella: «venid á mí, todos los que sufrís, y derramáis amargo llanto, venid á mí que en mis brazos encontrareis refugio, y en mi corazón consuelo».

Al pié de aquella cruz, con el hermoso rostro bañado en lágrimas y juntas sobre el pecho las divinas manos, se veía una imagen de la Virgen Maria representándola en su soledad.

Un precioso reclinatorio colocado en aquél lugar, demostraba claramente que la condesa Elena había pasado largas horas implorando la protección de la madre y el amparo del hijo.

Una sillera tapizada de terciopelo granate, igual á las cortinas que cubrían los balcones y cerraban el techo, una mesa de mármol, un pequeño mueble incrustado en nácar que podía servir de secreter y escritorio, completaban el mueblaje de aquella habitación, alumbrada por una lámpara de plata suspendida del techo y cuya pantalla de cristal azul, amortiguaba la claridad en aquél instante.

En el dorado lecho, envuelta entre encajes, menos blancos que su frente, yacía una mujer joven y hermosa, pero con la hermosura de esos ángeles tristes y melancólicos que acompañan en su duelo á la bendita Madre de Dios.

Sus abundantes y rubios cabellos partidos en dos gruesas trenzas, caían sobre las almohadas, y parecía que servían de marco á aquél rostro encantador en que la bondad y la inocencia habían grabado su sello.

Entre sus manos finas y diáfanas, se distinguían apenas las cuentas de un rosario de nácar, y mientras sus pálidos labios se movían murmurando una plegaria, sus grandes ojos negros, fijos en la puerta con ansiedad, parecían aguardar la llegada de alguno que era esperado con angustiosa impaciencia.

Una mujer de rostro sin espresion, aunque de regulares facciones, se hallaba de pie á su lado, esperando en actitud respetuosa las órdenes de su señora.

Aquella mujer era miss Arabela.

La colgadura que cubría la puerta se agitó un instante, y la figura del padre Carlos apareció en ella, deteniéndose un momento en el umbral.

—Ah! él es! gracias, Dios mio, exclamó la joven al divisarle: gracias.

El sacerdote se adelantó guiado por aquella voz, y murmuró al llegar junto al lecho.

—Sí; yo soy, hija mia; me ha llamado V., y aquí estoy.

—Oh! bendita sea su bondad por haber escuchado mi súplica. Hubiera sido mi muerte tan amarga si no le hubiese podido ver.

—La muerte, la muerte! Oh! ¿por qué creerla tan cercana? la vida de las criaturas está en la mano de Dios y este á nadie confía los impenetrables arcanos de su voluntad.

—Es verdad! sin embargo, me siento tan mal! de dos dias á esta parte, he sufrido accidentes tan extraños, que temo padre mio que mi débil naturaleza no pueda resistir á ellos.

—V. es muy joven aun, hija mia, y hay que esperar todo de su juventud.

—Sin embargo, yo quisiera.... Déjenos V. solos, Arabela, murmuró Elena volviendo sus ojos á la mujer que estaba á su lado.

—Es que.... si la señora necesitase algo....

—Cumpla V. mis órdenes: yo llamaré.

La doncella salió de la estancia y se dirigió lentamente á la pieza inmediata. Allí buscó en vano á Fausto con una investigadora mirada, y no encontrándole, se dejó caer en un sillón murmurando algunas palabras que nadie hubiera podido entender.

VII.

Cuando la condesa y el padre Carlos quedaron solos, la primera hizo un esfuerzo poderoso y apoyándose sobre uno de sus brazos quedó casi incorporada en el lecho.

Su debilidad sin embargo era estremada, y la palidez de sus facciones se aumentaba cada vez más.

—Valor, la dijo el sacerdote, valor, veo que sufre V. demasiado.

—Oh! sí: pero á pesar de todo, si no fuera por ellos, por mis hijos y por Edmundo, nada me importaría morir, ¡he sido tan desgraciada! ha tenido la vida tan pocas alegrías para mí!

—Pero esos niños... ¿que peligro les amenaza?

—Oh! el mayor de todos! si ese hombre supiera el paraje donde los oculto, sería capaz de todo, si de todo, padre mio.

—V. exajera sin duda: esos temores son inmotivados.

—No, padre mio: V. no puede penetrar los misterios de su alma: y luego, tiene tanto interés en que....

Elena calló de nuevo.

Se comprendía que vacilaba.

El sacerdote no se atrevía á interrumpirla ni á interrogarla tampoco.

Conocía su historia, sabía la mayor parte de sus secretos, pero no adivinaba su irresolucion en aquél instante.

La joven pareció decidirse al fin, y empezó á hablar de nuevo aunque con voz más baja y recatada.

—Padre mio, dijo: yo tengo ocultos unos papeles de tal importancia, que en ellos se encierra la vida, el honor y el porvenir de una familia entera: el nombre y la suerte de dos niños inocentes. Esos papeles me fueron entregados por Edmundo, la noche horrible de nuestra separacion. Yo debía conservarlos sin abrirlos hasta una época no lejana, hasta un dia en que convencida de que él no existía yá, debía hacer uso de ellos; pues bien....

—Siga V.

—No sé, si Dios ha señalado con su dedo la última página del libro de mi vida, no sé si viviré aun, si volveré á estampar mis labios en la frente de esos niños desventurados, pero de todos modos, yo voy depositar en su seno de V. dos secretos que no deben bajar conmigo á la tumba. La morada en que viven Alfredo y Valentina, y el lugar donde tengo oculta la cartera en que se hallan esos documentos de tanto valor.

—Ah! á mí...?

—Si yo muero, V. se encargará de la suerte de esos niños, los llevará á un paraje seguro, hasta el

dia en que pueda darles su nombre y su rango, utilizando esos papeles ignorados.

—Dios quizá la vuelva la salud y la vida muy en breve, ¡confiemos en su bondad! sin embargo, hija mía, si mi sangre y mi vida fueran un día necesarias á esas pobres criaturas, yo ofrezco á V. por Aquél á quien represento, que mi sangre y mi vida serian suyas sin vacilar.

—Oh! gracias! bien sabia yó, que V. era un santo,

—No diga tal, hija mía, solo soy un hombre lleno de debilidades y de miseria; pero dispuesto á cumplir su deber.

—Ay! sí; yo lo creo, lo creo así.

—Pero esos niños...?

—Viven ignorados de todo el mundo, ellos mismos no saben quién son: ni una vez sola al verlos los he llamado hijos míos!

—Pobre madre! pobre mujer!

(Continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

EL TRÁNSITO DE UN ÁNGEL.

Madre, ¿por qué las flores
ostentan hoy más galas
y más primores?
Sobre la rosa,
por qué tiende su vuelo
la mariposa?

¿Por qué nace la aurora
tras la montaña,
y con su puro rayo
todo lo baña?

¿Por qué cantan las aves,
y corren en el prado
brisas suaves?
Por qué en la ermita,
se oye de la campana
la voz bendita..?

Dimelo madre mía.

—Cesa en tu anhelo,
es que el alma de un ángel
se sube al cielo!

Emilio Serrano Garcia.

EL HIJO PRÓDIGO.

(CONCLUSION.)

"Mas no su imagen airada ni sombría como habia creído verla otras veces, si no dulce, amorosa, sonriente como cuando en los dias de su niñez le llevaba al pié del altar.

Entre el augusto silencio que le rodeaba creyó escuchar su voz que empapada en lágrimas le decia.

—Por qué, si yo te amaba tanto, has querido abrir un abismo insondable entre ambos? por qué quieres separar nuestras almas en el tiempo y en la eternidad? vuelve, hijo mio, vuelve al seno de la iglesia que es la madre que ya te queda: vuelve, que Dios perdona á los que se arrepienten, y la Virgen Sagrada hoy muestra á su hijo en sus amantes brazos y dice á los hombres con su augusta voz: «Venid ha adorar al Dios hecho hombre, que borra con su sangre los pecados de la humanidad». Ella y yo rogaremos por tí; vén y no tardes, ven hijo mio!

Y el viento que murmuraba en torno de Mario, parecia decirle, ven, y el canto de los pájaros, y el eco de los clarines, y el aire y la tierra y el cielo y la inmensidad, todo parecia repetir á su oido, repetir á su alma, repetir á su corazon.—Vén, vén.

Qué pasó entonces en su mente?

Qué pasó en su espiritu?

Qué pasó en todo su ser?

Fué que el alma de su madre pidió por él á la madre de Dios? fué que el ángel de su guarda deramó por él su más puro llanto? fué que la misericordia divina quiso otorgar aquella gracia al santo sacerdote, que con las palabras del ritual romano rogaba en aquél instante por los pecadores?

¡Quién sabe!

¡Quién puede medir los arcanos de la divina clemencia!

¡Quién puede penetrar los misterios de la suprema sabiduria!

No decia el representante del Señor, «Aquí está el Dios que quita los pecados del mundo» Pues si estas palabras están autorizadas por la iglesia, que extraño

á de ser que el que puede borrar las culpas de un mundo, pueda en un momento santificar y redimir un alma, por más que sus culpas sean numerosas como las pequeñas arenas del mar, y las brillantes estrellas que ruedan por el firmamento?

Dios puede cuanto quiere! gloria á su nombre!

Por eso á aquellas frases que vinieron á confirmar su esperanza, á sostener su fé, á despertar su dormido amor, Mario respondió con el espontáneo y ardiente grito de su alma, y los ángeles sonrieron al ver realizada la promesa que se encerraba en ellas!

Todo el ejército cristiano volvió la vista al sitio que ocupaba el joven, y todos pudieron ver un hombre de rodillas, y con los brazos estendidos, mirando con afán á la Hostia, santo emblema de amor y de salvación.

La distancia solo le impedía ver también las ardientes lágrimas que inundaban aquella mirada!

Y así permaneció, mudo, suplicante, transido y absorto, hasta que el celebrante vuelto hácia él y estendiéndole las manos también, bendijo en nombre de Dios á todos los que le escuchaban.

Mario entonces se levantó, salvó la distancia que le separaba del anciano y abrazándose á sus rodillas volvió á gritar con toda su alma.

—Misericordia, misericordia de mí.

¡Aquél alma estaba salvada!

Confesó públicamente sus culpas, adjuró sus errores y trocando la cruz por la espada volvió á ser lo que antes fuera, cristiano y caballero y noble y honrado.

Sus salvajes compañeros no volvieron á verle ya más.

Siguió al ejército español, derramó su sangre por su patria y su fé, perdonó á sus enemigos y á todos los que antes le causaron mal, imitando á Aquél que aun pendiente de una cruz, escarnecido y blasfemado, nos dice todos los días al mostrarse á nosotros en el sacramento del amor.

—Yo perdono, yo salvo, yo quito los pecados del mundo con que una sola vez diga el hombre á mis pies, Señor, Señor, misericordia de mí.

FIN.

Enriqueta Cozano de Vilchez.

Variedades.

EL SOL.

El Supremo Creador ha asignado al Sol la situación que está mejor adaptada á este lumínar, y para los fines que le designó desempeñar.

El dió á este orbe flamante dimensiones precisas y le suspendió en un espacio proporcionado al movimiento que le estaba señalado ejecutar; pero le colocó á una distancia tal de los planetas sobre que debía actuar que resultó ser la mas acomodada á estas proporciones.

El Sol ha mantenido esta posición muchos millares de años sin la menor variación; variación que si se verificase acarrearía consecuencias fatales al imperio de la Naturaleza.

Puede asegurarse que nada que no sea un poder infinito pudiera haber obrado un milagro semejante. Solo Dios pudo haber criado este globo prodigioso, solo él pudo colocarle en una situación adaptada, pudo haber definido sus límites, sujetándole á leyes invariables y conservarle tan estable en la posición y orden que al principio prescribió.

¡Y qué sabiduría, qué beneficencia no desplega este arreglo tanto con respecto al universo en general como con respecto á la tierra y á sus habitantes en particular!

Si la tierra estuviese colocada en una situación en que los rayos del Sol actuasen sobre ella en mayor número, ó se encontrasen con mas intensidad, no podríamos sufrir el calor.

Si hubiese sido arrojado al borde extremo del sistema solar, solo habríamos recibido una débil luz, y el calor no fuera suficiente para madurar sus producciones.

El Sol pues está en el mismo punto en que debe estar. El puede ahora comunicar á nuestro globo luz y calor suficiente á recrear á la especie humana y penetrar y vivificar toda la tierra con los rayos propios de su génio. El es ahora el instrumento que enrarece la atmósfera, que produce las exhalaciones y los demás efectos dependientes de estos fenómenos sin los cuales no recibiríamos los beneficios del rocío ó de la lluvia, de la nieve ó del granizo, de las nieblas ó del tiempo sereno. ■ ahora hace que se verifique la alternación regular del día y de la noche, como también las vicisitudes de las estaciones, y diversificar en cada una de ellas su acción y sus influencias.

X.

Seccion Doctrinal.

CONTINUACION.

—¡Oh! yo lo diré todos los días, puesto que es muy fácil aprenderlo, y puesto que el ángel no se cansará de oírlo, por que es muy corto.

—Los ángeles y los santos no se cansan nunca de escucharnos, hija mía. !

—¿Y no sabe V. otra plegaria con que poder dirigirme al Señor y á la Virgen María?

—¡Oh! sí que sé.

—Pues dígamelas V., dígamelas V., mamá.

Dios mío, si por mi amor
sufriendo estás de esa suerte,
haz que tu cruz y tu muerte
me dé la vida, Señor:
y por tu amarga pasión
y por tu santa inocencia,
purifica mi conciencia
y dame tu bendición.

—Ahora la de la Virgen.

—Óyela:

¡Oh María! de los niños
abogada y protectora
oye mi súplica señora,
que llega amoroso á Tí.

Y pues soy tu amante hija
cambiamos hoy nuestros dones:
para Tí mis oraciones,
tu bendición para mí.

—¿Y nada más?

—Nada más por la mañana; pero al acostarte, rezarás al santo del día, al santo de tu nombre, pidiéndole que te dé sus virtudes, y dirigirás tu última plegaria por las almas que esperan nuestras preces para subir al cielo, y entre las cuales, mi Luisa, se encontraran las nuestras mañana.

IV

EL VALOR DEL TIEMPO.

—No te entretengas, Luisa; acaba de vestirme pronto; el tiempo vale mucho y debemos aprovecharnos de él, de modo que ni jamás nos parezca demasiado largo, ni le hallemos corto por demás.

—¿Y como lo haremos para eso? porque yo, mamá, confieso que nunca he pensado en lo que dice V.

—Eres muy niña, hija mía, y no es extraño que ignores el valor del tiempo.

—V., que es tan buena y que lo sabe todo, sin duda me lo enseñará.

—El tiempo nos parece siempre corto cuando nos entretenemos y lo perdemos en valde, puesto que le necesitamos para cumplir bien los deberes que cada uno tiene en su estado. Por ejemplo, tú debes estar en el colegio á las ocho, y para esa hora te es preciso hallarte dispuesta. Si ocupas el rato en ir y venir, en revolver, y enredarlo todo, en vez de emplearlo en vestirme, peinarte y desayunarte, sin duda al sonar la hora de salir de casa tendrás que hacerlo todo mal y apresuradamente.

—Así me sucede muchas veces, y luego V. me riñe y mi buena directora se enfada si llego tarde, porque dice que entonces escribo mal mis planas, no estudio bien mis lecciones, ni hago mis labores perfectas, por hacerlo todo deprisa.

—Ahí tienes, Luisa mía, la confirmación de cuanto te he dicho: por el contrario, si no malgastas los momentos en vanos entretenimientos, lo harás todo con orden, sin fatigarte ni exponerte á que se te riña.

—Es cierto, y comprendo muy bien todo eso de que malgastando el tiempo viene corto: pero lo que no sé explicarme es como algunas veces dice V. que nos puede parecer demasiado largo.

—Pues es muy sencillo: el ocio es la causa de ello: una niña que no se ocupa en nada, que pasa las horas siempre saltando y jugando; siempre de acá para allá, será molesta en todas partes, y se cansará de divertirse fastidiándose de sus juegos y no hallando ya placer en ellos. Supon, hija mía, que estuvieses un día entero ocupándote de tus muñecas: en los primeros instantes te hallarías muy contenta; pero como nada hay tan inconstante como la niñez, al cabo de una ó dos horas te aburrirías, y cambiarías aquél juego por otro, encontrándote al poco rato harta y cansada de todos. El ocio trae consigo el abuso de los pasatiempos, y este el aburrimiento y el fastidio. Así como nada hay tan alegre y tan hermoso como las diversiones inocentes después del estudio y del trabajo. Así nos fatigan y nos hastian cuando solo nos dedicamos á ellas. El tiempo bien distribuido entre el cumplimiento de nuestros deberes y los recreos propios de la edad, es un tesoro inapreciable que jamás puede venir corto ni parecernos excesivamente largo, siempre que no lo perdamos inútilmente, y sepamos emplearlo bien.

V.

EL MEJOR ADORNO.

—¿Qué vestido va V. á ponerme hoy, mamá?

—El mismo que llevaste ayer.

—¡El mismo!

—¿Lo sientes?

—Sí.

—¿Por qué?

—Por que ayer iba una de mis compañeras tan bonita! Llevaba un vestido de seda muy lindo y unas enaguas con encajes, que por cierto se rompió al pasar sobre una silla.

—Y tú quisieras...?

—Yo quisiera que me hiciese V. uno igual, ó al menos que me dejase poner hoy el que me hizo para el día de mi Santo.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.